

Las Narraciones...

natura no por el camino del arte sino por el de la sociología: quiere contribuir a una pelea, denunciar, atacar, exponer las llagas sociales de su país. Todo esto, tan legítimo y noble, no se desarrolla paralelamente a una preocupación artística dominante como parece corresponder a un escritor. Así es incomprensible que apele sin mayor rubor a los peores "poncifs" del estilo periodístico cuando es él, autor, quien cuenta o describe: "hubiera sido educado en el hábito de cuidarlos (los animales) como a la niña de sus ojos". "El cielo replicaba con un fastuoso ocaso de púrpura y oro". "y comprobó que la parca había hecho su trabajo en secreto". Estas afectaciones vulgares —que Gravina sabe eliminar cuidadosamente de la boca de los personajes quienes hablan de un modo pedestre y llano, sin vivacidad lingüística— muestran la desatención artística de su prosa a la que sólo guía un afán informativo.

Nos parece que desatiende su prosa porque está enteramente entregado a la fluencia narrativa. Pero creemos que en la función de contar también se descansa sobre lo genérico, aunque aquí es perceptible su esfuerzo no enteramente fructífero para compensar los esquemas que maneja. Sus personajes, Jacinta, el Rubio, Riolfi, etc. son más que nada tipos humanos concebidos por una generalización que apresa los rasgos básicos de seres "normales" vinculados a un determinado medio geográfico y social. (Más que del marxismo procede de la teoría naturalista del medio). La impronta subjetiva que en Da Rosa traduce la recuperación de seres originales casi arrancados de la realidad costumbrista, no existe aquí donde el personaje parece compuesta por la línea media, promedio, de su clase, educación, naturaleza, etc. Partiendo del tipo, todo el esfuerzo de Gravina se concentra en una individuación que no alcanza a insuflar en sus personajes una definitiva alma original, pero que los rodea de algunos sucedidos pintorescos que disfrazan lo genérico. Cuando dentro de la novela aparece un abogado —luego del duelo criollo— o un obrero educado, sus interpretaciones de los personajes y de los hechos se acomodan perfectamente a lo que de ellos sabemos a lo largo de la narración, evidenciando el esquema generalizador sobre el cual se descansa tanto la prosa como los personajes y aun el proceso interno de la novela.

★ El contar ameno

Pero la novela de Gravina revela virtudes ciertas que son las que obligan al mayor rigor crítico. En primer término esa capacidad privativa del novelista, que modernamente se tiende a olvidar: el contar con amenidad y fluidez. Sin moverse de un único plano narrativo, sin inventar nuevas formas estructurales, ateniéndose a los andadores más conocidos del género, Gravina cuenta, hilando la historia con interés, crea la expectativa acerca "de lo que va a suceder" y aproxima o aleja los personajes con soltura y naturalidad. No reduce la novela a series de cuentos como ocurre muchas veces en Amorim, ni se demora sobre la contemplación como sucede con Onetti; arma su novela con un criterio de novelista y le imprime el adecuado y ágil ritmo. En segundo término la dignidad y simpatía con que retrata sus tipos humanos buscando en ellos una nobleza básica. Como defendiéndose de los esquemas que le han sido reprochados, Gravina se esfuerza por hacer un estanciero creíble; un jefe de policía sensual, imperativo, y al mismo tiempo campechano; por ponerle vida privada legítima a un dirigente sindical y no transformarlo en un simple *patavaz*, por no caer en la pintura de villanos aun cuando los personajes cometen villanías. Su esfuerzo se nota en el juego de balanceo que imprime

a sus conductas y que más que emerger del carácter del personaje, es "puesto" por el autor con habilidad. Al mismo tiempo es capaz de pintar, ése si realmente, un misero soldado de campaña, y hacerlo capaz de un gesto de eficaz patetismo —el ofrecimiento de la mujer a un amigo— consiguiendo una verdad humana que falta muchas veces en sus tipos protagónicos como por ejemplo el Rubio.

Más importante que todo esto es algo en que Gravina es único entre nuestros narradores y donde puede verse traducido narrativamente su ideario social: la capacidad para operar una transformación interior de los personajes. Lo normal, aun entre nuestros mejores narradores, es la creación de seres que se mantienen idénticos a sí mismos en el trecho del cuento o de la novela. Gravina es el único que sabe llevarlos por distintos momentos de vida, enfrentándolos a sucesos pequeños pero significativos de tal modo que en ellos se altera radicalmente su manera de ver el mundo, crecen, maduran, se transforman. Es esa calidad lo que hace de la protagonista de esta novela, Jacinta, un personaje convincente, real a pesar de lo genérico en que ha sido elaborada. De esa calidad procede también la tónica optimista que respira la narración, porque no hay duda de que la novela demuestra eso: que su autor es dueño de la esperanza.

(Continúa en el N° próximo.)